



AÑO XXV

HEMEROTECA  
MUNICIPAL

## PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NUM. 48.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERIAS EN COLORES,  
NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC.  
SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España.

- 1.ª Edición, de lujo con 48 figurines iluminados cada año y 24 patrones en tamaño natural.  
Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.  
2.ª Edición, con 12 figurines cada año y 18 patrones tamaño natural.  
Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.  
3.ª Edición, sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.  
Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.  
4.ª Edición, sin figurines ni patrones.  
Un año 60... Seis meses, 32... Tres meses, 17... Un mes, 6.

### OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE SE ABONEN POR UN AÑO A LA 1.ª EDICION  
Y una rebaja en el precio de la *Ilustración española y americana*.

### DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA, CALLE DE BAILEN, N.º 4, MADRID,  
CON LETRAS DE FÁCIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Abelardo de Cárlos.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Islas de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.  
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. En su administración; calle del Arenal, núm. 16.  
HABANA. D. Benito Gonzalez Tánago, calle Habana, núm. 126.  
BUENOS AIRES. D. Federico Real y Prado.  
LISBOA. D. Francisco Pons Junior, rua dos Fanqueiros, 106, 1er andar.  
BROWNSVILLE. — TEXAS. — MATAMOROS. D. M. Peña y Compañía.  
VALPARAISO. D. Nicasio Esguerra.

Todo pedido que no sea acompañado de su importe en libranzas del Giro Mútuo ó letras de fácil cobro, no se considerará recibido.

**Sumario.**—Vestido para niña de cinco á siete años.—Adornos de cuentas de acero para bolsos.—Caja para cuellos de caballero.—Cofrecito para conservar la seda de coser.—Rinconera con lambrequines al crochet y borlitas de lana.—Dos cenefas al punto de encaje inglés.—Canastilla de alambre y cuentas de cristal con acerico.—Bolsa para objetos varios.—Dos trajes de montar para señora.—Dos velos bordados al punto de encaje de inglés y al punto veneciano.—Dibujo para adorno de tarjeteros, tapas de álbum, etc. (bordado al pasado).—Dos esquinas para tapas de álbum, tarjeteros, etc. (punto ruso y al pasado).—Trajes de casa y sociedad.  
**Explicacion de los grabados.**—El martirio de una madre, novela de Enrique Conscience, traducida al castellano por la vizcondesa de Castelfido.—Inés, poesia, por don Federico J. Castellanos.—Cantares, por don Remigio Caula.—La fiebre á bordo, por don Angel Avilés.—Correspondencia, por la baronesa de Wilson.—Explicacion del figurin iluminado.—Salto de caballo.—Advertencias

se le adorna con lazos de tafetan azul, siguiendo las indicaciones del dibujo. Para la forma del corpiño, véanse las figuras 22 á 25 de la hoja de patrones núm. 21. Cin-

turon y lazo grande de cinta de tafetan azul. Una cinta igual sujeta el cabello.

### Adornos de cuentas de acero para bolsos.

Se componen estos adornos de cuentas de acero, grandes y pequeñas, lisas y bruñidas, y de torzal de seda.

N.º 1. *Cenefa de cuentas de acero para guarnicion de bolsos.*—Se hace esta cenefa de cuentas de acero pequeñas y redondas y de cuentas largas; en el centro se pone una cuenta gruesa redonda. Se principia la cenefa por el borde exterior, ensartando 3 hileras de cuentas, en las cuales se forman curvas, siguiendo las indicaciones del dibujo: se hacen estas curvas con cuentas pequeñas y se pone en medio la cuenta gruesa ya mencionada. Las cuentas largas se colocan con arreglo al dibujo.

N.ºs 2 á 7. *Borlas de cuentas de acero.*—La borla núm. 2 se compone de varios ramales de cuentas pequeñas, dispuestos como el dibujo lo indica: cada ramal lleva en su extremidad inferior una cuenta gruesa. La cabeza de la borla está formada por una cuenta gruesa redonda y otra pequeña que va encima.

La borla núm. 3 se compone de 5 ramales de cuentas aplastadas. Se labra cada ramal como sigue: se ensartan 55 cuentas pequeñas sobre la hebra de seda; se pasa la hebra por las 16 cuentas últimas; se ensartan otras 7 cuentas; y así sucesivamente hasta terminar la figura. Las borlas núms. 4 á 7 se hacen asimismo con cuentas de acero, dándoles la forma que marca el dibujo.

N.ºs 8 y 9. *Dos aros de acero revestidos con torzal de seda.*—Estos dos aros, que sirven para abrazaderas de una bolsa, son de acero y van revestidos de una labor que se



VESTIDO PARA NIÑA DE CINCO Á SIETE AÑOS.

### Vestido para niña de cinco á siete años.

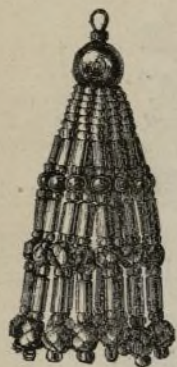
Las figuras 22 á 25 (recto) de la hoja de patrones núm. 21 pertenecen á este vestido.

La falda de debajo es de fular azul claro y va adornado con volantes de la misma tela. El paño de delante y los de los costados de esta falda van cortados al sesgo, y el paño de detrás al hilo: en el borde inferior, el vuelo de la falda es de 2 metros. La falda de encima ó túnica, que va recogida sobre la falda de debajo, es de muselina blanca mosqueada, va guarnecida en su borde inferior con un volante plegado de la misma tela, pero lisa, y adornada de lazos de tafetan azul, como lo indica el modelo. El cuerpo escotado es tambien de muselina blanca mosqueada; va forrado de lustrina y ribeteado con tafetan azul; despues se la pone un volante plegado de muselina blanca lisa y

DICIEMBRE DE 1870.



## ADORNOS DE CUENTAS DE ACERO PARA BOLSAS.



N.º 2.



N.º 3.



N.º 4.



N.º 8.



N.º 9.



N.º 6.



N.º 7.



N.º 5.



N.º 4.

hace al punto de lengüeta con torzal de seda la del número 9, y al punto cruzado la del número 8.

## Caja para cuellos de caballero.

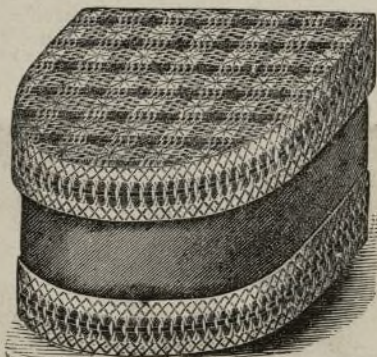
Para hacer esta caja se toma una de cartón de 12 centímetros de ancha, 12 de larga y 8 de alta, con una tapadera. El borde de la tapadera tiene 2 centímetros de alto. Caja y tapadera van revestidas, interior y exteriormente, de tafetán color de pensamiento. La cara superior de la tapadera y su contorno se reviste con un trozo de lienzo gris bordado al punto ruso con seda gris y torzal de seda de colores oscuros. En el contorno inferior de la caja se pone una franja de cartón revestida de tafetán y de lienzo gris, de 2 centímetros de ancha. Dos dibujos especiales representan el detalle del bordado de la cara superior de la tapadera y el de las franjas de los contornos de tamaño natural.

## Cofrecito para guardar la seda de coser.

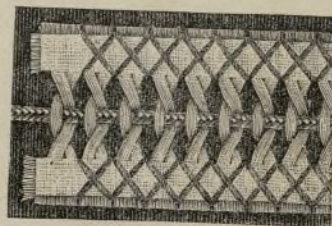
Sirve este cofrecito para conservarlas diferentes clases de seda que se emplean en la costura. Está revestido de tafetán verde y bordado en su cara superior al punto ruso con torzal de seda verde de dos matices. Una trencilla de seda verde oscura y un rizado de cinta de tafetán verde de centímetro y medio de ancha constituyen los adornos de este cofrecito. Para su ejecución, se cortan de cartón fino 12 trozos ovalados, que tienen 19 centímetros de largo por 12 de ancho. Dos de estos trozos ovalados forman la tapadera del cofrecito. Todos estos trozos se forran por sus dos caras de tafetán verde. Sobre el tafetán que cubre la cara superior de la tapadera se hace un bordado al punto ruso, como lo indica nuestro modelo. En el interior de la cajita se cosen los demás trozos de cartón, formando bolsas ó registros, donde se guarda la seda con separación de colores. El contorno superior de estos cartones, se ribetea con la trencilla de seda verde-oscuro. Igual adorno se pone en el contorno exterior de los cartones. En medio del registro se borda con seda verde el



DETALLE DE LA CAJA PARA CUELLOS.



CAJA PARA CUELLOS DE CABALLERO.



DETALLE DE LA CAJA PARA CUELLOS.

nombre de la seda que contiene. En uno de los dos dibujos que representan este cofrecito está escrita la palabra *schwarz*, que en alemán quiere decir *negro*. Se sujetan todos estos registros con una cinta de goma. Finalmente se guarnece el cofrecito y su tapadera con el rizado de tafetán ya indicado y que se señala en el dibujo.

## Rinconera con lambrequines al crochet y borlitas de lana.

Se compone esta rinconera de dos tablas, cada una de las cuales lleva un lambrequin bordado al crochet y adornado con una guarnición de borlitas de lana hechas con lana céfiro encarnada. Los lados rectos de cada tabla tienen 20 centímetros de largo. Los lados de delante miden de esquina á esquina 31 centímetros. Para los lam-

y se cose el lado revestido en todo su contorno exterior de la manera que indica el dibujo. Las sarts de cuentas van fijadas por sus dos cabos al contorno del fondo y forman arcos entrelazados. Para cada sarta de cuentas se necesita un alambre de 16 centímetros de largo que va rodeado además de lana céfiro de color de rosa: en cada extremo de los alambres se deja un trozo de un centímetro sin cuentas. Se arquean después los alambres en la forma que indica el dibujo y se fijan al fondo, rodeado también de un alambre, del modo que queda dicho. En el fondo se pone la almohadilla rellena de algodón, revestida de raso de color de rosa y guarnecida á todo su alrededor con un rizado de cinta de raso de color de rosa de centímetro y medio de ancho. Esta almohadilla ó acerico cubre los cabos de los alambres en que van colocadas las cuentas. El fondo de la canastilla se forra por la parte de debajo de persa cretona lisa color de rosa y se ribetea á todo su alrededor con un cordón de seda, del mismo color. Lazos de raso de color de rosa, puestos como lo indica el dibujo, terminan la canastilla.

## Bolsa para objetos varios.

Sirve esta bolsa para conservar diversos objetos, como esponjas, bolsas con goma y almidón, guantes, etc. Nuestro modelo es de lienzo engomado, lleva por dentro varios bolsillos y va bordado al punto ruso con torzal de seda negra y ribeteado con trencilla del mismo color. El fondo es ovalado y lleva entre las dos telas engomadas un pedazo de cartón. En el borde superior de la bolsa se ponen dos trencillas de lana negra, que van cruzadas y sirven de jareta para cerrar la bolsa.

## Dos trajes de montar para señora.

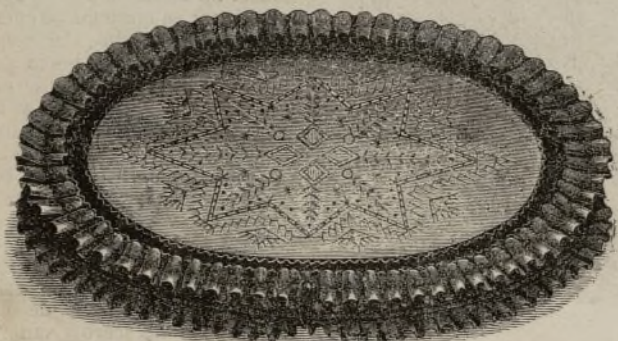
N.º 1. Vestido de paño azul oscuro con cuerpo liso; el cuello, las solapas y la vuelta de las mangas son de ter-

## Dos cenefas al punto de encaje inglés.

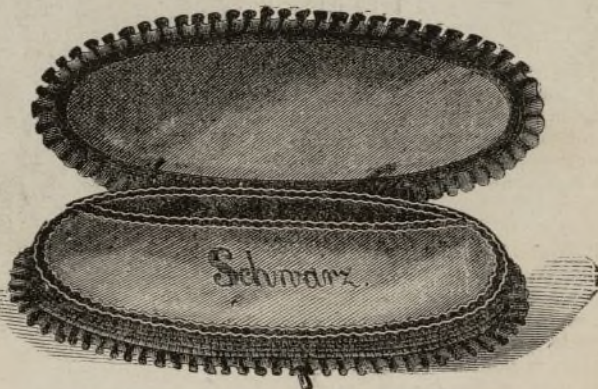
Estas cenefas, que se bordan al punto inglés, sirven para chambras, camisas, enaguas, etc. Véase, para su ejecución, nuestro *Suplemento* al núm. 24 de este año.

## Canastilla de alambre y cuentas de cristal con acerico.

Sirve esta canastilla para colocar objetos de tocador ó adornos de cabeza. En el fondo de la canastilla se pone una almohadilla ó acerico donde se clavan los alfileres de cabeza, horquillas, etc. Para el fondo de la canastilla se prepara un trozo de cartón circular de 5 centímetros de diámetro, se reviste uno de sus lados con cretona lisa de color de rosa



COFRECHITO PARA CONSERVAR LA SEDA DE COSER.



COFRECHITO PARA CONSERVAR LA SEDA DE COSER.

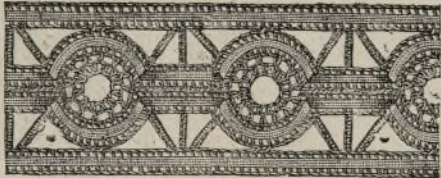


ciopelo azul. La aldeta va plegada y unida al cuerpo por medio de un cinturón también de terciopelo azul. Sombrero de terciopelo azul con un velo del mismo color.

N.º 2. Vestido de reps de lana negra, con cuerpo alto, liso y abierto por delante, en su borde inferior, en la forma de chaleco. Aldeta lisa, formando un todo con el cuerpo. Las mangas van unidas al cuerpo por medio de unos cordones parecidos á los de los dormanes de húsares, que van prendidos en el hombro por ambos lados y terminan en el cuarto ó quinto botón del corpiño. Sombrero cilíndrico de fieltro negro con un velo de gasa azul.

Dos velos al punto de encaje inglés y al punto veneciano.

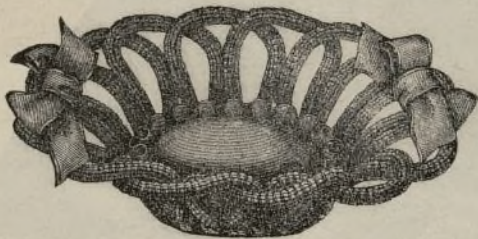
Se emplearán estos velos para cubrir almohadones y otros objetos análogos. El primero se borda al punto de encaje inglés (véase las Lecciones publicadas en nuestro Suplemento al núm. 21 de este año). El segundo se borda al punto veneciano (véanse las diferentes explicaciones que hemos dado sobre esta labor).



CENEFAL AL PUNTO DE ENCAJE INGLÉS.

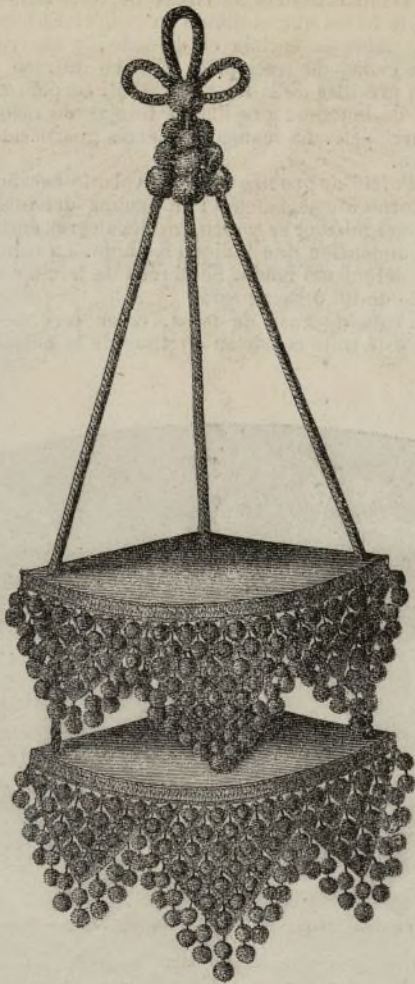
Dibujo para adornos de tarjeteros, tapas de álbum, etc. (bordado al pasado).

Se ejecuta este dibujo sobre una tela de seda fuerte sobre



CANASTILLA DE ALAMBRE Y CUENTAS DE CRISTAL CON ACERICO.

terciopelo ó sobre piel, con torzal de seda de varios colores. Puede bordarse al pasado, al punto de cadeneta ó al punto de nudillos. Nuestro modelo está hecho al pasado.



RINCONERA CON LAMBREQUINES.

Dos esquinas para tapas de álbum, tarjeteros, etc. (al punto ruso y al pasado).

Las dos esquinas se bordan sobre una tela de seda fuerte, sobre terciopelo ó sobre piel, con torzal de seda de varios colores, unas partes al punto ruso y otras al pasado.

Trajes de casa y sociedad.

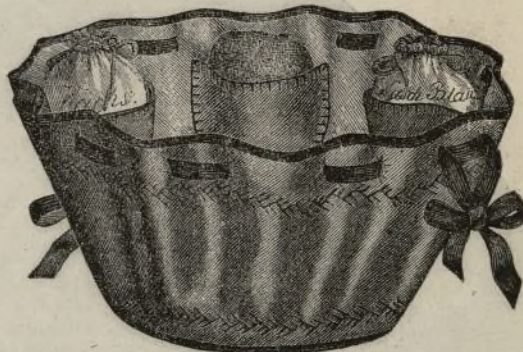
N.º 1. Vestido de pult de seda gris.—El contorno inferior de la falda va adornado con un encaje negro, por encima del cual se ponen tres cintas de terciopelo negro también. El mismo adorno se repite en el contorno exterior de la aldeta y en el cuerpo. Cuello-fichú de tul negro con rizados de lo mismo y varios lazos.

N.º 2. Vestido de debajo de tafetan color de pensamiento, vestido de encima de cachemir del mismo color.—El vestido de debajo va adornado con un volante ancho, que lleva á su vez por



CENEFAL AL PUNTO DE ENCAJE INGLÉS.

adorno un volantito encañonado. Por encima del volante se ponen varias franjas estrechas de la misma tela del vestido. En su borde inferior el vestido de encima va forrado de tafetan color de pensamiento, y se le adorna con encaje negro y terciopelo color de pensamiento, siguiendo las indicaciones del dibujo. El cuerpo va adornado asimismo con



BOLSA PARA OBJETOS VARIOS.

terciopelo, encaje y franjas estrechas. Cuello y manguitos son de lienzo fino con guarniciones encañonadas de muselina. En el cabello, lazo de cinta de tafetan de color de pensamiento.

N.º 3. Vestido de doble falda y corpiño con aldeta de popelina de seda color castaño.—La falda de debajo

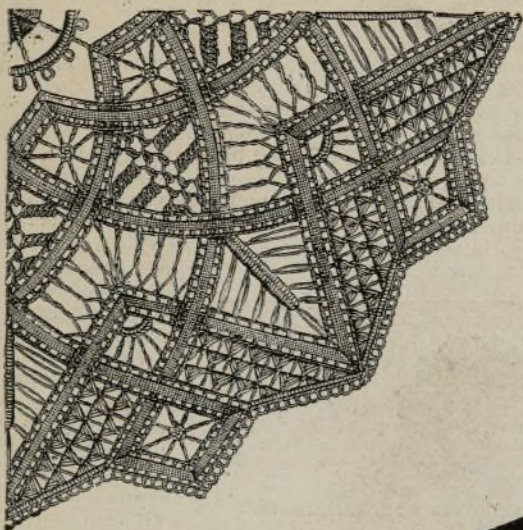


N. 1.

N. 2.

TRAJES DE MONTAR PARA SEÑORA.





CUARTA PARTE DE UN  
VELO BORDADO AL PUN-  
TO DE ENCAJE INGLÉS.



CUARTA PARTE DE UN  
VELO BORDADO AL  
PUNTO VENECIANO.

va adornada con tres bieses de la misma tela del vestido, cuyos bieses van cruzados de cintas de terciopelo color castaño, en la forma que el dibujo lo indica. El biés que guarnece la falda de encima es dentado, y va cruzado también de cintas de terciopelo. Chaleco de raso color castaño con presillas de la misma tela. El corpiño-aldeta va adornado de botones, presillas y franjas de raso y de cintas de terciopelo. La manga va además guarnecida con encaje negro.

N.º 4. *Paletó de gro negro.*—Un volante encañonado sirve de adorno á este paletó. Por encima del volante y por debajo del mismo, se ponen encajes negros en la forma y de la dimension que indica el dibujo. La manga va guarnecida del mismo modo. Sombrero de terciopelo negro con velo de tul ó gasa negra.

N.º 5. *Traje de raso de lana, color cereza.*—Los adornos de este traje consisten en tiras de la misma tela



DIBUJO PARA ADORNO DE TARJETEROS, TAPAS DE ÁLBUM, ETC. (al pasado).

del vestido, fleco y cintas de tafetan tambien del mismo color del traje. En el contorno inferior de la falda se pone un ancho volante. Lazos de raso color de cereza adornan el cuerpo.

#### EL MARTIRIO DE UNA MADRE.

(Continuacion.)

Un extraño hubiera creido que no se ocupaban una de otra, y sin embargo se hablaban constantemente; pero sus labios casi no se movian y



ESQUINAS PARA TAPAS DE ÁLBUM, TARJETEROS, ETC. (al punto ruso y al pasado).





# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris.

Ayuntamiento de Madrid



Nº 2

2.



sus semblantes permanecían fríos é impasibles, como si nada les agitara ni llamase su atención. Quien las hubiera espiado desde el castillo, habría creído sin duda alguna que el aya vigilaba severa y silenciosamente á la loca.

Marta explicaba á su hija la utilidad de las plantas y arbustos de que se hallaban rodeadas. Creyendo notar que la atención de la joven estaba distraída, la dijo con acento de reconvención en que iba envuelta una inmensa dulzura:

—Hija mía, estás hoy distraída por demás; ¿qué tienes? ¿piensas todavía en él?

—¡Ah! mi querida Marta, perdóneme usted, murmuró Elena sin levantar la vista. Hago todos los esfuerzos imaginables para apartar estos pensamientos; mas no puedo lograrlo: su imagen se halla sin cesar delante de mis ojos.

—Es preciso ser más fuerte, Elena; y haces mal en apesadumbrarte de ese modo con quiméricos temores. Federico está en Bruselas desempeñando una misión que su tío le ha confiado. ¿Cómo quieres que te lo haga saber? El bien parecer le prohíbe escribirte; y aunque lo hiciese, ¿cómo habías de recibir sus cartas? Tranquilízate, y créeme; Federico no te ha olvidado.

Un suspiro ahogado ensanchó el pecho de la afligida doncella.

—¿Mis palabras la entristecen, Marta? murmuró con acento de inquietud. ¿Está usted enfadada conmigo? ¡Ahora sí que soy doblemente desgraciada!

—No, no, replicó Marta; tu aflicción sola es la que me causa pena. Si pudiese abrazarte, hija mía, si me fuera dado estrecharte contra mi pecho para disipar con mis besos, con mis caricias, la nube que oscurece tu frente! No pierdas la esperanza. Federico vendrá. Yo le veré y le hablaré; la condesa lo quiere. Si es honrado y gene-

## TRAJES DE CASA Y SOCIEDAD.



N.º 1.—Vestido de pult de seda gris.

N.º 2.—Vestido de celajo de tafetan color de pensamiento, vestido de ermina de cachemir del mismo color.

N.º 3.—Vestido de doble falda y corpiño con aldeta de popelina de seda color castaño.

N.º 4.—Faleto de gro negro.

N.º 5.—Traje de raso de lana, color cereza.

roso, como tú me lo pintas, yo también le querré, y como tú me has dicho muchas veces, el mismo lazo de amor reunirá nuestras tres almas.

Elena, dejándose arrastrar por estas palabras consoladoras, juntó sus manos en ademán suplicante, levantándolas hacia el cielo; pero á una señal del aya, recobró su posición primitiva y preguntó:

—¿Cuándo, cuándo vendrá?

—No lo sé, hija mía; hay que tener un poco de paciencia; no puede estar en Bruselas mucho tiempo... Ten cuidado, Elena; alguien llega del castillo.

En efecto, un criado vino corriendo donde estaba Marta, y la dijo en voz baja, á fin de no ser oído por Elena:

—La señora condesa me envía para decirle á usted que acompañe inmediatamente á la señorita á su estancia, y que baje en seguida. La señora desea hablar con usted.

Luego se acercó al oído del aya y murmuró:

—Malas noticias; el señor Federico Bergmans está de regreso; la señorita no podrá volver al jardín.

Y diciendo estas palabras, se retiró.

—Sígueme, hija mía, dijo la viuda con ojos en que la alegría brillaba. Tu madre me llama. Quizás hoy mismo recibas una gran noticia.

—¡Ah! exclamó Elena; el criado le ha hablado á usted de Federico; lo he adivinado en el movimiento de sus labios.

—En efecto, hija mía, según parece, Federico ha regresado de Bruselas. Sin embargo, lo creo algo dudoso. Vamos, date prisa... no tardaremos en saberlo... Pero tú calma tu emoción y muéstrate indiferente. La condesa vería que estás enterada de lo que sucede, y esto bastaría para destruir nuestras esperanzas.

Elena obedeció y siguió silenciosamente á su aya, que después de haberla besado tiernamente, la encerró en su aposento y bajó corriendo la escalera.

Cuando entró en la sala vió al guarda-bosque Andrés, en pie cerca de la puerta, con la escopeta apoyada en el brazo. La condesa salió á su encuentro con la sonrisa en los labios. Esta amabilidad excitó extraordinariamente su curiosidad, pues no estaba acostumbrada, mucho tiempo hacia, á semejante acogida de parte de su ama.

—Marta, ahora hay novedades, dijo la condesa de Bruinsteen. El guarda acaba de ver á Federico Bergmans en el bosque, mirando al castillo y tratando indudablemente de descubrir á mi hija. ¿Cree usted que su palabra sería bastante elocuente para decidirle á renunciar á mi hija y á su obstinada persecución? La ocasión no puede ser más propicia.



—Yo no sé si lo lograré, señora, respondió la viuda; pero estoy dispuesta á hacer toda clase de tentativas, con tal de dar á usted una prueba de mi adhesión.

—Pues bien, Marta; no hay tiempo que perder. Podría muy bien suceder que no estuviese ya en el bosque. El guarda tiene orden de guiarla á usted al lugar donde ha visto á Federico. Hecho esto, la dejará á usted sola; lo demás depende de su inteligencia y habilidad. Vamos, dese usted prisa; aguardo su regreso con impaciencia.

La viuda siguió al marido de Catalina al jardín y al parque, hasta un camino hondo que costaba un monte de encina. Al llegar allí, el guarda-bosque señaló á cierta distancia, diciendo:

—Mire usted, señora; allá abajo, siguiendo la dirección de mi brazo, en aquel montecillo, está sentado Federico Bergmans. No nos vé, pues no quita los ojos del castillo. Yo la dejo á usted sola: la condesa lo ha mandado así.

Marta se adelantó lentamente: su corazón palpitaba con fuerza, y su ademán revelaba la vacilación. Hasta este momento no había comprendido la importancia del paso que iba á dar. Era madre, é iba á ver por vez primera al hombre que sería tal vez andando el tiempo el esposo de su hija, ó que le dejaría quizás en el corazón el tósigo de un eterno pesar. ¿Quién era, de dónde venía el que había de dividir con ella el amor de la hija de sus entrañas? ¿Sería noble su corazón y pura su alma, ó no hallaría en él otra cosa que un carácter vulgar y una sordida avaricia?

En tanto que, con la mente turbada por estas graves cuestiones, adelantábase sin hacer ruido y se acercaba insensiblemente al montecillo en que Federico Bergmans estaba sentado, fijaba en él sus ojos investigadores. Una leve sonrisa entreabrió sus labios tan luego como empezó á distinguir las facciones del joven, á quien veía solamente de perfil; y mirado de este modo, su fisonomía presentaba una regularidad notable y una gran pureza de líneas. Tenía las cejas un poco arqueadas, la nariz levemente aguileña, la frente despejada, y la boca de un dibujo correcto; el cabello y los ojos eran negros al parecer. Su estatura, más que mediana, y su traje elegante, le daban un aspecto de distinción y elegancia que causaron favorable impresión en el ánimo de la viuda. Todas las apariencias parecían revelar un espíritu recto y un corazón lleno de nobleza; mas podían del mismo modo el orgullo ó la fatuidad. En este momento, Federico distinguió el rumor de los pasos de Marta, y volvió los ojos hacia ella con sorpresa mezclada de alegría, como si quisiera conocer á aquella mujer que se presentaba de repente á su vista. Levantóse, bajó al camino, y adelantóse familiarmente á su encuentro, con la sonrisa en los labios.

Mientras que Marta, sorprendida de aquella expresión, le devolvía fríamente su saludo, el joven la dijo:

—Si mis informes son exactos, señora, la suerte coloca en mi camino la nueva aya de la señorita de Bruinsteen. ¿Me habrá engañado quizás?

—No se ha engañado usted, caballero, respondió la viuda.

—¡Dios sea loado! Estoy aquí dos horas há aguardando á que saliera usted del castillo.

—Eso no es posible, caballero; usted no me conoce.

—¡Oh! sí, mejor de lo que usted cree. Usted es buena; usted tiene compasión de la triste suerte de la señorita, ¿no es esto verdad?

—¿Pero quién le ha dicho á usted eso? preguntó Marta en ademán descontento.

—Basta que yo lo sepa.

—¿Y si le hubieran engañado á usted?

—No, no; hay quien le ha visto á usted besar á la señorita Elena en un bosquecillo del jardín. Es quizás el primer beso que la pobre niña ha recibido.

—¡La hija del jardinero! murmuró Marta como hablándose á sí propia. Y sin embargo, nos hizo creer que no había visto nada.

—Seguro, pues, de que los amargos padecimientos de Elena le inspiran á usted compasión, me atrevo á esperar, señora, que no me negará usted su apoyo para sacarla del poder de una mujer inhumana, que osa tomar el nombre de madre, y que no es otra cosa que una hiena sin entrañas.

—¿Quiere usted libertarla, exclamó Marta con alegría mal disimulada, y cuenta con los medios necesarios?

—Tengo un medio infalible; pero este es un secreto que le revelaré á usted más adelante. ¿Quiere usted secundarme en mi empresa?

—Hable usted, caballero, dijo Marta profundamente conmovida; yo le ayudaré á usted con todas mis fuerzas. ¿Qué es lo que sabe usted, Dios mío? ¿Ha logrado usted descubrir secretos bastante poderosos para obligar á la condesa?

—¿Secretos? Yo no sé más que el que concierne á la libertad de la señorita. Este secreto se halla contenido en el mensaje que voy á confiar á usted, si es usted bastante generosa para arrostrar tanto peligro.

—Estoy dispuesta á todo, dijo la viuda con agitación visible.

—Oiga usted un instante, señora. Si mi proyecto sale bien, Elena se verá libre de su dolorosa esclavitud; pero como es imposible que usted la siga, perderá usted su empleo de aya. Sin embargo, no se asuste usted por eso. Hay personas que se encargarán de buscarle á usted mejor posición, y será usted generosamente indemnizada.

El giro de la conversación iba desilusionando á la pobre Marta; empezaba á concebir el temor de haberse equivocado cruelmente acerca de las intenciones de Federico. A esta promesa de dinero, una sonrisa de indignación contrajo sus labios.

—¿Se negará usted á aceptar la misión que la he pro-

puesto? preguntó Federico; ¿no tiene usted confianza quizás en la sinceridad de mis promesas?

—Veo que no nos entendemos, respondió Marta. Por interés de Elena, y para procurarle una suerte mejor, yo no perdonaría sacrificio alguno, ni me infundirían miedo los mayores peligros; ¡pero ofrecerme dinero, tratar de romperme! ¿Tan mala opinión tiene usted de mí?

Sorprendido el joven por el tono de estas palabras en boca de una mujer de aquella condición, murmuró algunas excusas.

—No perdamos inútilmente un tiempo precioso, interrumpió la viuda. Dígame usted claramente y sin rodeos lo que pretende usted de mí. Si ello puede contribuir á la felicidad de Elena, yo lo haré.

El joven miró con precaución en turno suyo, abrió una cartera, entregó á Marta una carta cerrada, y dijo:

—Dé usted esta carta en secreto á la señorita Elena. No tema usted nada. Si mi empresa sale bien, no tendrá usted por qué arrepentirse. La señorita Elena me hará saber, por medio de una señal convenida desde su ventana, si ha recibido el mensaje. Dentro de tres días, estará lejos de Orsdael.

La viuda, estupefacta y silenciosa, revolvía la carta entre sus manos.

—¿Vacila usted? dijo Federico.

—¿Qué contiene esta carta? preguntó el aya con una ojeada severa.

—No es necesario que usted lo sepa.

—Debo saberlo.

—Me admira usted, señora. En ese caso, devuélvame usted la carta. Ya buscaré otro medio de dirigirla á su destino; ¡poco me importa! siquiera tuviese que hacer cien tentativas inútiles, acabaré por lograr lo que me he propuesto.

Diciendo estas palabras quiso recoger el papel; pero Marta retiró la mano, y dijo:

—Yo entregaré la misiva; pero debe usted pensar que Elena me dirá su contenido. Usted me muestra poca confianza. ¿Cómo quiere usted que yo crea en su sinceridad?

—Efectivamente, no había pensado en esto. Pues bien, abra usted la carta, y léala usted.

Marta rompió el sello y desdobló el papel.

No bien hubo leído las primeras líneas, cuando palideció y se puso á temblar. Lanzó luego un grito de indignación, arrojó la carta á los pies del joven petrificado, y exclamó con los ojos centellantes:

—¡Cómo! caballero, ¿se atreve usted á inferir á la señorita, se atreve usted á inferirme á mi tan sangriento ultraje? ¿Con que quiere usted huir con Elena á Inglaterra? ¿Intenta usted deshonrar su nombre, matar su corazón, precipitarla en un abismo de dolor y vergüenza? ¡Ah! ¡yo que creía ver en usted la nobleza y la rectitud personificadas! pero su fisonomía es engañosa; debe usted estar loco ó ser muy perverso. Puede usted conservar la esperanza de realizar un día su infame atentado; mas no olvide usted que hay quien vela por Elena, y que sabrá defender victoriosamente su pervenir contra miserables intrigas.

Las primeras palabras del aya ofendieron vivamente á Federico, y quiso interrumpir á aquella mujer atrevida que, después de todo, no era más que una criada; pero bien pronto sintió el influjo de sus miradas llenas de fuego y de su palabra elocuente. La indignación daba una expresión tan noble y tan imponente á su fisonomía, que acabó por escucharla turbado y en silencio, y siguió mirándola, aun después que hubo cesado de hablar.

## XIX.

A poco, sin embargo, el aya, tan silenciosa y no menos admirada que él, fijó su mirada penetrante en el joven, no acertando á explicarse la expresión de su semblante. En vez de estar afligido ó irritado por las reconvenciones, parecía más bien animado de una satisfacción secreta; pues si bien retrataban sus ojos la duda y la sorpresa, una sonrisa casi alegre entreabría sus labios.

—¿Conoce usted que su proyecto era insensato? dijo Marta, que á pesar suyo, sentíase atraída por el simpático joven.

—Sus palabras me hacen vacilar, en efecto, respondió Federico; pero ruego á usted que dé crédito á la pureza de mis intenciones. Yo quiero á Elena desde la infancia; la quiero sinceramente, y mi único objeto es consagrar mi vida á su felicidad. Usted me cree bajo y egoísta: yo creía estar tratando con una criada: diga usted que me he equivocado, y que es usted una pariente de Elena, que ha tomado ese humilde título para poder protegerla y consolarla.

—Yo soy aya de Elena. ¿Un cargo semejante es incompatible con la generosidad?

—Sea usted quien quiera, señora, yo la bendigo, porque profesa usted un verdadero afecto á esa desventurada joven. Sea usted generosa conmigo, se lo ruego. No hable usted mal de mí á Elena; cometería usted una grande injusticia. Sus palabras de usted me han asustado. Yo reflexionaré si existe algún otro medio de libertar á la inocente víctima. Entre tanto, suplico á usted que la proteja, la consuele y la defienda de los malos tratamientos de su madre desnaturalizada. Mi agradecimiento será infinito. Volveremos á vernos, señora.

Y diciendo estas palabras quiso retirarse, haciendo á Marta un saludo respetuoso; pero la viuda le detuvo, diciendo:

—Por favor, caballero; no se vaya usted todavía. Yo había venido aquí para tener una conversación con usted, conversación que no puede menos de interesarle, si sus intenciones son puras, y que puede contribuir en mucho al cumplimiento de sus deseos. Concédame usted el tiem-

po necesario para hablarle del afecto que dice profesar á Elena.

—No deseo otra cosa; disponga usted de mí como guste.

—Pues bien, vamos al bosque; allí estaremos más seguros. Veo desde aquí, cerca del camino, un árbol derribado. Tenga usted la bondad de seguirme.

Cuando estuvieron sentados en el árbol, Marta dijo al joven:

—Permítame usted que le interroge, caballero; y si le causa extrañeza mi lenguaje, reflexione que el amor y la compasión pueden hacer á una persona capaz de los mayores sacrificios. Dígame usted cómo concibió el odioso proyecto de escaparse con Elena. ¿No comprende usted que iba á condenarla á eterno arrepentimiento y á perpetua deshonra?

—Señora, yo no soy ya un niño, y he reflexionado con madurez en las consecuencias de mi arriesgada empresa, respondió Federico sin vacilar. La impotencia en que me hallo de salvarla de otro modo de la desesperación ó la muerte, es mi única excusa. Sepa usted, señora, que he intentado cuanto era humanamente posible para obligar á sus verdugos á que, por lo menos, mejorasen su suerte; logrando hasta que el procurador real hiciese una información en Orsdael. Todo ha sido en vano. Cuando con una fuerte suma de dinero pude sobornar la otra aya para que me dejara hablar algunos minutos con Elena, la pobre niña me refirió los malos tratamientos que tenía que soportar. Usted los conoce quizá. No hay tormentos ni crueldades que no le hagan padecer.... La pobre criatura me suplicó que la salvara, y me aseguró que si yo no acudía pronto en su ayuda, perdería infaliblemente la razón ó la vida. Durante una ardiente calentura que me ha tenido siete meses en cama, no cesé de reflexionar, día y noche, en la manera de salvarla antes que la muerte ó la locura vinieran á arrebatármela para siempre. Yo no podía aguardar ni escoger. El único medio que se me presentaba era la fuga. ¡Ah! yo sabía perfectamente que iba á deshonrarla á los ojos del mundo, y que iba á dar mi propio nombre al escándalo. Esto me espantó al principio, y del fondo de mi conciencia salieron las mismas palabras que pronunció usted poco há... pero yo debía salvar la vida de Elena, debía salvar su razón de las tinieblas que la amenazaban. El temor de un deplorable escándalo no tuvo fuerza bastante para contenerme en vista de tan implacable necesidad. ¿Ella, la inocente amiga de mi infancia, ha de morir ó volverse loca? No, no; aun á riesgo de que caiga sobre ella el desprecio pasajero del mundo.

—¿Cuáles eran vuestros proyectos? suspiró Marta con inquietud. ¿Qué habría sido de la pobre Elena? ¿Cuál su porvenir?

—Comprendo el temor de usted, señora, respondió Federico; pero, créame usted, es infundado. Durante nuestro viaje, Elena habría sido tratada por mí con el respeto que las santas merecen; pues si bien yo tenía la convicción de que mi empresa era culpable ante la ley, obraba sólo guiado de la compasión y la generosidad.

—Pero eso no podía durar así... ¿y después, y después?

—Se lo confesaré á usted todo. Elena debía ser mi esposa. Es probable que hubiésemos encontrado en algún rincón olvidado de la tierra un sacerdote compasivo para bendecir nuestra unión. Créame usted, señora; mi esposa habría ido al altar pura y sin mancha. Mas veo una lágrima en vuestra mejilla. Reconoce usted, sin duda, que no obstante haberme visto obligado á recurrir á medios extremos, yo no soy malo ni egoísta.

—Sus palabras me turban profundamente, respondió Marta haciendo un supremo esfuerzo para no echar sus brazos al cuello del joven. Mi corazón está dispuesto á perdonarle. Estoy inclinada á creer que sólo la desesperación le llevaba á adoptar ese partido insensato... Ruego á usted que no se incomode; mas permítame usted que le manifieste aun una duda. Me extraña que un hombre como usted, que posee todas las dotes que dan la consideración pública y el bienestar social, alimente semejante pasión por una joven que no es bella y que está medio loca. No pocas personas creerían que su causal...

La sonrisa de desprecio que contrajo la fisonomía del joven cortó la palabra en los labios de la viuda.

—¡Su causal! repitió irónicamente Federico. ¿Por ventura, huyendo con Elena á países remotos, iba yo á poseer ese causal? Nadie en Europa habría conocido nuestra residencia. Yo quería sacrificar no sólo su patrimonio, sino también el mío; pues el pariente que me sirve ahora de padre habría excluido de su testamento al ingrato que le hubiese abandonado en la ancianidad. ¿Que no es hermosa! dice usted. La flor que se pisotea, ¿puede acaso ser hermosa? La rosa cuyo cáliz sirve de albergue á roedor gusano ¿puede, por ventura, conservar su frescura? ¡Ah! señora; ¡si hubiese usted visto á Elena antes de que la tiranía y el pesar la hubiesen marchitado! ¡Era tan bella, tan seductora! Niña aún, cautivaba todos los corazones con su dulce sonrisa, con la belleza de sus facciones y con el mágico brillo de sus grandes ojos negros. Dé usted un poco de felicidad, un poco de descanso á esa alma fatigada, y su hermosa renacerá como en la suave primavera de su vida. Y si bien es verdad que sus sentidos aparecen turbados por el eterno sufrimiento, ¿qué es lo que se necesita para disipar esa niebla pasajera? La amistad, la calma, la confianza. Créame usted, señora; Dios ha dotado á Elena de una naturaleza privilegiada y de un noble corazón. Si estas dotes preciosas se hallan eclipsadas momentáneamente, obra es de personas malvadas; pero yo la salvaré y la vengaré, siquiera fuese á costa de mi vida. Ser el protector y salvador de un sér débil, me parece una grande y noble empresa, y con la ayuda de Dios, yo la llevaré á cabo.

Marta iba recogiendo en silencio las palabras que salían



del corazón del joven, y causábale un gozo infinito el oírle, al mismo tiempo que contemplaba con inexplicable emoción su noble y varonil semblante. Lágrimas de agradecimiento y admiración brillaban en sus ojos; mas comprendiendo que aquella alegría inmensa amenazaba arrebatarle la conciencia de su situación, hizo un esfuerzo enérgico y poderoso para vencer su enternecimiento.

Cuando Federico cesó de hablar, asíóle de la mano, y le dijo exhalando un suspiro:

— ¡Oh! ¡gracias, gracias, caballero, por ese amor! Sea cual fuere la suerte que aguarde á Elena, ella bendecirá su nombre de usted; y yo, yo rogaré para que sea usted dichoso en el mundo. Pero óigame usted; renuncie usted á su fatal proyecto. Posee usted un corazón grande y generoso; sea usted, pues, previsor y prudente por los dos. No lo dude usted; haría usted á Elena desgraciada, y usted lo sería al par de ella. La vida sin la estimación pública es una noche eterna para la mujer. Vendría un tiempo en que Elena y usted suspirarían por la patria deseada, y no osarían volver por miedo de la vergüenza que en ella les aguardara; si, porque usted no querría hacer á su esposa objeto del desprecio público. ¿Qué destino para la que con tanto ardor ama usted: morir de esa terrible enfermedad que se llama mal del país! ¡Ah! mi buen amigo, se lo ruego á usted de rodillas; renuncie usted á su temeraria idea.

Sorprendido por el calor de aquella súplica, el joven retiró sus manos y preguntó con aire estupefacto:

— Pero, señora, ¿quién es usted? Una madre, la más cariñosa de las madres, no se inquietaría tanto por la felicidad de su hija. Tiembla usted, llora, su alma irradia en sus ojos. ¿Cuál es el secreto de esa profunda pasión?

La viuda, sorprendida por esta pregunta, tartamudeó algunas palabras ininteligibles.

— ¿No quiere usted revelármelo? murmuró Federico. Está bien, señora. Ese secreto es quizás necesario en interés de Elena: guárdelo usted, pues.

— No, no, señor; no hay secreto, replicó Marta llena de pavor. Yo he tenido hijos, que murieron, ¡ay de mí! Hallo en Orsdael una inocente niña abandonada, que parece por falta de cuidados, amistad y consuelos. ¿Qué tiene, pues, de extraño que una madre sin hijos adopte por suya á la hija sin madre, y la quiera y la proteja como si la hubiese criado á su propio pecho?... ¡Oh! ¡Dios mío, oigo ruido!

— Son perros que ladran en el bosque, replicó el joven. Será probablemente mi amigo Stolberg. Diríase que viene hacia nosotros.

Ambos se levantaron precipitadamente, y Marta dijo:

— Caballero, ahora Elena no es ya tan desgraciada como antes; por el contrario, si vuestra larga ausencia no la hubiese entristecido, ningún pensamiento doloroso habría venido á agitarla desde mi llegada á Orsdael. No pensará usted más en su fatal proyecto; ¿me lo promete usted?

— Puesto que está usted con ella para consolarla, yo renunciaré á este recurso desesperado; pero queda irremisiblemente decidido que, si sigue siendo desgraciada, yo la salvaré.

— Si, si, está decidido: entre los dos la libertaremos; pero sin deshonra, sin que tenga que ruborizarse delante del mundo.

Una ruidosa carcajada resonó en este instante, y un joven en traje de cazador, acompañado de dos perros, saltó de la enramada al camino.

— Nos volveremos á ver; yo hallaré ocasiones. Nuestro común amor á Elena nos hará buenos amigos, dijo Federico al oído de la viuda, que estaba temblando de inquietud.

Las risotadas del joven cazador hicieron temer á Marta que su presencia en aquel paraje fuese mal interpretada, y saludando se retiró, y salió precipitadamente del bosque corriendo por el camino hondo, hasta que calculó que ya no podía ser vista.

Detúvose entonces, y se pasó la mano por la frente como para reunir sus ideas desordenadas. ¿Qué iba á decir á la condesa? No había tenido tiempo de suplicar á Federico que no siguiera rondando por las cercanías del castillo. No le quedaba, pues, otro medio de fingir y engañar nuevamente. Así lo quería la inexorable fatalidad.

Marta tomó una resolución; atravesó rápidamente el parque y el jardín, dirigiéndose al castillo. La condesa, que estaba asomada á la ventana, la hizo gestos de impaciencia cuando la vio acercarse. Apenas entró en la sala, la viuda se adelantó á las preguntas que se disponía á dirigirle la señora de Bruinsteen, diciéndole:

— Señora, perdóneme usted si he estado tanto tiempo; me ha costado mucho trabajo convencer al obstinado joven.

— ¡Ah! ¿y ha salido usted bien con su empresa? Me alegro infinito. ¿Qué le ha parecido á usted? Un doncel calavera y afeminado, ¿es verdad?

— Señora... respondió Marta titubeando en hablar mal de Federico; me ha parecido que no carece de talento, y sobre todo de cierta fuerza de voluntad; pero es bastante orgulloso y harto inclinado á la jactancia. Es un hombre peligroso, créame usted.

— ¿Y ha podido usted convencerlo? ¿Renunciará al fin á sus pretensiones?

— Así lo espero, señora; por lo ménos, así me lo ha prometido.

— ¿Pero qué le ha dicho usted para hacerle renunciar de pronto á sus proyectos contra mí?

— Le he expuesto numerosas razones para darle á entender que él sólo es la causa de que nuestra señorita esté privada de libertad. Le he persuadido de que corría tras una quimera imposible, y que él mismo se haría desgraciado para siempre sin lograr sus fines... No sé ya,

señora, todo lo que le he dicho. Si tuviera tiempo para reunir mis recuerdos, podría quizás referirle á usted todos sus detalles, la conversación que he tenido con el señor Bergmans. Pero lo cierto es que me ha prometido no molestarla á usted más.

— Bien, Marta, dijo la condesa satisfecha y gozosa; vaya usted á su aposento y descanse usted un poco. Esta tarde, después de comer, me referirá usted más extensamente esa conversación.

La viuda salió de la sala y corrió á su cuarto, de puntillas y sin hacer ruido, pues temía que Matys viniese á su encuentro y no la dejara pasar adelante.

Después de haber estado escuchando algún tiempo en la extremidad del corredor, abrió la puerta del cuarto de Elena, se puso el dedo sobre los labios y acercóse á la joven. Esta, conmovida hasta el fondo de su corazón al ver la sonrisa de felicidad que iluminaba el rostro del aya, pero contenida por su gesto, abrió los brazos y la estrechó en ellos silenciosamente.

— Hija mía, hija mía, murmuró la viuda á su oído, recobra la calma. Le he visto y le he hablado... es un gallardo joven... tiene un noble corazón, y te ama con amor ardiente, fiel, sincero...

— ¿Le ha visto usted? ¿á Federico? exclamó Elena en un tono de voz imprudente.

— Sí, Federico. ¡Cállate, calla por Dios!

Un grito ahogado salió del pecho de la joven temblorosa, que apoyó su cabeza en el seno del aya, como si no hubiese tenido fuerzas para soportar el peso de tanta ventura.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## INÉS.

(FANTASÍA.)

Á MI ESTIMADA PRIMA LUISA DE ALVEAR Y CISNEROS.

Del caudaloso Betis á la orilla  
la pobre Inés se hallaba,  
al despuntar el sol por el Oriente  
de una fresca y purísima mañana.  
Fija su vista está sobre las hondas;  
parece en su embeleso preguntarlas  
¡qué poder misterioso las agita,  
qué mano omnipotente las arrastra,  
que ya tempestuosas las derrumba,  
ya las desliza en apacible calma!  
Un recuerdo tristísimo á su mente  
aquellas ondas con viveza asaltan,  
un recuerdo de ayer que arde en su pecho  
y que á su pobre corazón abrasa.  
Flor marchita, flor sin vida,  
perdió su dulce esperanza;  
mariposa que al volar,  
el amor quemó sus alas:  
gime y suspira á la orilla  
entre las yerbas sentada,  
quiere buscar un recuerdo  
que alivie un tanto su alma  
entre las ondas del río,  
y la infeliz sólo halla  
un doloroso recuerdo  
que su corazón amarga.

— ¿Por qué gime la azucena  
de este valle? ¿Qué le pasa?—  
dijo una voz melodiosa  
de la pobre Inés á espaldas.  
Volvió la vista la joven  
hacia el que la interrogaba,  
y sola encontró la vega,  
tan sola como su alma.  
— ¿Quién será? dijo la niña  
el que de mí se apiada,  
que me pregunta... ¿qué tengo,  
qué me aflige, qué me pasa?  
¡Ah dulce voz misteriosa  
que no acierto dónde paras!  
Mis dolores son tan grandes  
como dulces tus palabras;  
vivo sola en este mundo,  
perdí mi amor, mi esperanza;  
pero conservo una fé...  
tan pura... como esas lágrimas  
que el cielo vierte en las flores  
antes de salir el Alba.

— Dime desgraciada niña:  
y esa fé ¿de quién emana?  
volvió á interrogar la voz.

— Del Dios que crió las almas;  
de ese Dios tan poderoso  
lleno de virtud, de gracia,

que dá movimiento al mundo,  
y como creador, le marca  
con su mano omnipotente  
en el espacio su marcha.  
Apenas cesó la niña  
de pronunciar sus palabras,  
sintió filtrarse en su pecho  
una purísima llama,  
que alivió su corazón  
y engujo sus tristes lágrimas.

Más tarde se vió la vega  
como nunca iluminada,  
y una imagen celestial  
envuelta en nubes de gasa  
descendió de las alturas  
á donde la niña estaba.

— ¡Dios justo! ¡Dios poderoso!  
que ha velado tus desgracias,  
quiere tenerte á su lado;  
vengo á cumplir su palabra.  
Dijo, y elevó al espacio  
entre sus brillantes alas,  
á la que siempre creyó  
de Dios la divina gracia.

FEDERICO J. CASTELLANOS.

Montilla.

## CANTARES.

En el piélago del vicio  
bogué con locura ciega,  
y cuando volví á la orilla  
me esperaba mi conciencia.

Las bendiciones que el pobre  
nos dá por algunos céntimos,  
son pagarés que, en su día,  
cobraremos en el cielo.

Desde la cuna á la tumba  
el dolor nos acompaña;  
¡así nuestra vida empieza  
y se concluye entre lágrimas!

Si ves dormir á un esclavo,  
deja que durmiendo goce...  
¡tal vez estará soñando  
el infeliz que es un hombre!

La nieve cubre á la tierra  
como una blanca mortaja;  
¡qué fría estará tu tumba,  
pedazo de mis entrañas!

REMIGIO CAULA.

## LA FIEBRE A BORDO.

(RELATO DE VIAJE.)

Cruzábamos el Océano Atlántico, y nos hallábamnos á la altura de las Azores.

Era á fines de Octubre de 1859.

El buque en que navegábamos era un magnífico vapor de ruedas, de la *Atlantic's Royal mail steam ship navigation company*, lo cual traducido al castellano quiere decir: «Real compañía de vapores-correos de navegación por el Atlántico.»

Nuestro vapor se llamaba *El Plata*, y en él íbamos cerca de doscientos pasajeros.

Como era pleno otoño, el frío se dejaba sentir, y nosotros, que regresábamos de Sur-América, volvíamos después de seis años á experimentar esa sensación indefinible y penetrante que se apodera de uno, cuando en los días fríos sale de las habitaciones frías á la calle.

Pocos eran los que se aventuraban á pasear sobre cubierta, como hacíamos en días anteriores.

Antes era gratisimo recostarse en los bancos de la cubierta, y contemplar silenciosos las olas del mar, suave ó rudamente movidas por el viento, que ora lamía, ora azotaba los costados del buque; bien como el amante celoso trata unas veces con halagos y otras con dureza á la belleza que le inspira la delicia del amor ó el tormento de los celos.

Ya no aparecía puro y diáfano el horizonte; ya no se pintaban en él esas ráfagas de púrpura y oro con que la puesta del sol recamaba el azul del cielo.

Una atmósfera de plomo parecía pesar sobre *El Plata*. Los pasajeros íbamos en el gran salón-comedor, rodeado de divanes, sobre los cuales unos leían, otros fumaban; pero todos serios, graves, meditabundos, tristes y sombríos.



Como ya en la mesa habían todos echado de menos al simpático oficial y á algunos criados, divulgóse la enfermedad de la joven inglesa, que era un tipo de belleza delicada, uno de esos tipos que tan admirablemente han trazado Shakespeare, Milton y Byron; de largos y sedosos cabellos rubios, grandes y dulcisimos ojos azules, esbelto tallo y tez nacarada.

ANGEL AVILÉS.

*Madrid 28 de Diciembre de 1870.*

Con respecto al agua para los dientes, que puede hacerse en casa, con poco gasto, la aconsejaria mezclar en una botella cuatro onzas de espiritu de vino, cuatro adarmes de guayacan

PRESENTADO POR DON MIGUEL CARBONELL Y ROMERO.

to	Es	dos,	fi	pe	ce	tra	Se	lo	jan	en	Dis
nar	y	en	bor.	ta	nas,	In	don	la	tin	me	te
dies	la	re	cor	o 123 o la.	Es	fiel.	Dos	nor	E	Una	ge
lla	no	Por	da	ma	te	ño	cion	te.	plu	gan	no
que	tra	en	ó	pa	La	her	te.	llus	tra	nio	ma
que	vi	to	juz	1 Hay	pin	tra	ó	pin	por	fé	Ele
en	no	do	Esta	i	gueis	cel	bo	con	man	y	y
mun	sa	rio	pasa	muy	la	gual;	nom	tan	diré	da	lla
		el	co	sa:	Usa	sér	al	Mo	Se		
		No	cu	en	es	Sus	te:	bres	ins		

FIN DEL TOMO XXIX.

E. S., *Dos Hermanas*.—Como labor de adorno y que está más en moda, son los cestitos de musgo, que pueden también servir de jardineras para flores de mano. Se forma con cartón fuerte un canastillo redondo, cuadrado, ó bien ovalado, si parece más bonito, por estar esta forma muy admitida. Se procura que no forme arruga alguna, y se cubre con papel blanco ó verde. Se compra el musgo, y si es de varios colores hará mejor efecto, y se va colocando y pegándole con goma en el exterior y de modo que esté muy unido y sin claro alguno. En el interior se pega también en los costados, pero en el fondo se forma una cama de él y después se colocan las flores, dependiendo del buen gusto que haga más ó ménos buen efecto.

LA BARONESA DE WILSON.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

vestido de paño. Vestido de media falda, de seda fuerte, color negro linoado a rayo. La falda de debajo va adornada con un volante encadenado, formando cabeza, sobre cuya pegadura se pone un biés de terciopelo negro. La túnica lleva también en su borde inferior un volantino con cabeza y biés. Paletó de terciopelo negro guarnecido de armiño. Sombrero de terciopelo negro y encaje negro también, adornado con una rosa blanca, capullos y hojas que caen hacia atrás.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO INSERTO EN EL NÚM. 46.

Casa con dos puertas, mala es de guardar.

Nos han remitido soluciones al salto de caballo núm 42, las señoritas D.<sup>a</sup> Carolina Negrete (Santisteban del Puerto).—Doña C. U. (Lanzarote).—D.<sup>a</sup> Dulce Escudero (Las Palmas).

También nos ha remitido la solución perteneciente al geroglífico inserto en el número 44, la mencionada señorita D.<sup>a</sup> Carolina Negrete y D.<sup>a</sup> Carmen de las Veneras de Cornellas (Rota).

## ADVERTENCIAS.

Como teníamos ofrecido, repartimos hoy el primer figurin iluminado que nos hemos podido proporcionar, el cual, sin embargo de no satisfacer nuestros deseos, es de lo mejor que se puede hacer.

Creemos, sin embargo, de que con nuestra constancia podremos conseguir ir mejorando este servicio.

Acompaña al presente número el Índice y portada correspondiente al tomo que termina en esta fecha, y aprovechamos esta ocasión para dar gracias muy expresivas á las señoras y señoritas que nos han honrado con sus suscripciones, deseándoles al mismo tiempo toda clase de felicidades.

MADRID.—IMP. DE T. FORTANET,  
CALLE DE LA LIBERTAD, 29.